

A close-up photograph of a woman's face, focusing on her eyes and lips. The image is partially obscured by two large, red, textured geometric shapes: a triangle on the left and a trapezoid on the right. The text is overlaid on the top portion of the image.

# CAMBIOS LABORALES

(RELATO ENCADENADO II)



Asociación Literaria y  
Cultural Escritores en su Tinta

## CAMBIOS LABORALES

© Todos los derechos reservados a los autores de esta obra.

© Portada: [Rafael Belda Ros](#)

De acuerdo a la ley, queda totalmente prohibido, bajo la sanción establecida en las leyes, el almacenamiento y la reproducción parcial o total de esta obra, incluido el diseño de cubierta, por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa de los titulares del copyright.

## CAMBIOS LABORALES

Este relato surgió como un reto entre algunos de los autores de la Asociación Literaria y Cultural Escritores En Su Tinta en el lapso del confinamiento por el Covid19 en abril del 2020. En un orden aleatorio cada autor, por turnos, tuvo la libertad de crear un fragmento de los que conforman este relato, resultando ser una experiencia enriquecedora y fascinante, en la que cada autor disfruta añadiendo su pincelada.

El orden es el siguiente:

[Encarni Motos Plazuelo](#)

[Matías González Pinos](#)

[Rafael Belda Ros](#)

[Fini Del Amor Álvarez](#)

[Eva Gil Soriano](#)

[Carmen Sánchez Vilella](#)

[Olga Pozo Molina](#)

[www.escritoresensutinta.com](http://www.escritoresensutinta.com)

## CAMBIOS LABORALES

Comenzaba la primavera del año 2021. Kike se levantó temprano, como siempre, para ir al trabajo. Era de los pocos afortunados que podía hacerlo. En 1998 aprobó una oposición y comenzó a trabajar en el antiguo INEM. En esa época, sus amigos no entendían cómo dejó de trabajar en el calzado. "De funcionario no ganas ni la mitad, estás haciendo el tonto". Pero para él era más importante pasar tiempo con su mujer y sus hijos, aunque tuvieran que ir más justos con los gastos.

Con la crisis del Coronavirus, bares, restaurantes, tiendas, fábricas y todo tipo de negocios tuvieron que cerrar. Dejaron deudas inasumibles y familias destrozadas. Los matrimonios que iban mal acabaron en divorcio pocos meses después del fin de la pandemia por no poder pagar la hipoteca y todos los gastos que tenía una familia. Pero tenían que seguir conviviendo porque no era posible pagar dos casas.

Ese día, como todos, se encontró una cola de gente desde la entrada a la oficina, que daba la vuelta a la manzana. Entró y se preparó. Cuando abrieron entró parte de la gente y el ruido no le dejaba casi ni oír sus propios pensamientos. El vigilante de seguridad pidió silencio. Se le rompía el alma cada vez que tenía que decirle a alguien que no le pertenecía ninguna ayuda. Ante eso, algunos le increpaban, otros se resignaban, pero muchos lloraban. Él no sabía qué hacer. Sentía una impotencia que no le dejaba dormir bien.

EMP

Aquella mañana atendió a casi cincuenta personas, de las que apenas pudo ayudar a una cuarta parte. Aún así era consciente de que aquellos subsidios no iban a mejorar demasiado las situaciones tan penosas que veía en la calle día tras día, viviendo entre aquellas familias medias del barrio ilicitano de Carrús.

## CAMBIOS LABORALES

Llegó la última persona, una mujer embarazada, demasiado soberbia y segura de sí misma como para venir a pedir una ayuda o para haber sido despedida hace poco. Se presentó seca, rotunda, con una objetividad hiriente y sin contemplaciones al lenguaje no verbal:

—Soy Verónica, la nueva supervisora SERVEF del área; ya no queda nadie en la cola. Cierra la oficina y reúne aquí a tus compañeros. Cinco minutos, necesito ir al servicio.

Era una orden, no se esperaba más que cumplirla, en silencio, porque el resto de compañeras de Kike ya habían escuchado la voz contundente de la supervisora. Los cinco minutos pasaron en una calma tensa, solo rota por el apagado de ordenadores, el repiqueteo de bolígrafos en el cajón, el sonido metálico de los clips sobre las bandejas muertas y los cierres chirriantes de ventanas y puertas. Cuando Verónica volvió del servicio se dirigió a la mesa de Kike, rodeada ya por el resto de funcionarios de la oficina:

—Vamos a cerrar la oficina.

MGP

La concluyente frase supuso un interrogante en el grupo de trabajadores. Todos se miraron expectantes y ninguno tuvo el valor suficiente de preguntar algo al respecto.

Verónica chasqueó los dedos y, de inmediato, un desfile de militares irrumpió en el interior a paso ligero. Se agruparon en dos filas de cinco y esperaron al siguiente toque de su jefa para dar comienzo a lo que ante los ojos del personal fue un desahucio en toda regla. Con una celeridad fuera de lo común desvalijaron el interior de la oficina en menos de diez minutos como si tal acción fuera ya muy rutinaria.

## CAMBIOS LABORALES

Una vez el local vacío del contenido, dejó de parecer una oficina de empleo. Comenzaron a desinfectar, a pintar las paredes de rojo, a cambiar la iluminación por otra más acogedora, a amueblar el interior con unas mesas altas y taburetes más propios de una cafetería. Mientras unos iban secando la pintura con unos curiosos secadores, otros comenzaban a poner en las paredes unos carteles con imágenes de abrazos, besos, corazones. Todo transcurría tan rápido que las miradas no acaparaban con todo lo que allí dentro sucedía.

—Por favor —la voz de Kike sonó debilitada por el acontecimiento—, ¿me podría decir qué está pasando aquí?

La respuesta no fue otra que la orden de callar con el dedo cruzado en los labios. Kike agachó la cabeza y esperó paciente hasta que finalmente el cambio fue culminado.

RBR

Los militares salieron con el mismo sigilo y premura con la que habían entrado y efectuado su trabajo.

Verónica se sentó en uno de los taburetes y a pesar de su avanzado estado de gestación, se puso la pierna por encima a la vez que la balanceaba con un movimiento casi hipnótico, que hacía que los antiguos empleados centraron su atención en los altos tacones de sus sandalias.

—¿Qué pasa? ¿Ahora nadie tiene ninguna pregunta que hacer? —inquirió mirándolos desde la improvisada atalaya que le brindaba el alto taburete.

Nadie se atrevía hablar, lo que había pasado allí en tan poco tiempo era suficiente para llenarlos de asombro y turbación.

Kike levantó la vista y la miró a los ojos:

—Supongo que nos explicará lo que significa todo esto.

## CAMBIOS LABORALES

—Bueno, esperaba las preguntas de otra manera pero está bien. El gobierno central ha decidido que ya es hora de que la ciudadanía deje atrás ese sentimiento de desdicha que parece invadirlo a todas horas. De momento, y solo de momento, ustedes van a continuar trabajando, pero desde ahora su tarea consistirá en hacer creer a la gente que todo es perfecto, que todo funciona bien y que realmente son felices.

—¿Está usted loca? ¿Cómo cree que vamos a hacer eso, acaso piensa que las personas no saben la situación en la que están viviendo?

—Cuidado con la forma en la que me habla —dijo Verónica mirándolo con arrogancia— está totalmente comprobado que el pueblo va a creer lo que nosotros queramos que creen.

Kike intentó responder, pero el color verde azul de sus ojos lo mantenía hechizado.

FAA

Cuando Kike llegó a casa ese día todavía no podía creer lo que había ocurrido en la oficina. Pero más estupefacto se quedó cuando encendió el televisor y vio en las noticias que aquel cambio no era solo allí. Cada ciudad del país contaba con una Oficina del Bienestar, como las habían llamado. Informaban a la gente que debía acudir para sentirse mejor en estos días, que no tenían de qué preocuparse porque cuando salieran de allí verían el mundo de otra manera.

Kike se echó las manos a la cabeza, pues sabía muy bien cómo iban a hacer sentir mejor a la población. Verónica les había explicado, tanto a él como al resto de compañeros, lo que debían hacer y les había dado todo lo necesario para llevarlo a cabo. Por supuesto, ninguno de los empleados se quejó y aceptaron las órdenes. Mañana abriría la Oficina del Bienestar por primera vez y no estaba seguro de si podría cumplir con su tarea.

## CAMBIOS LABORALES

La noche se le hizo eterna, no dejó de dar vueltas y vueltas en la cama ya que le fue imposible dejar de pensar en lo que ocurriría con las personas que acudieran a esa oficina.

Al levantarse, se lavó la cara, se peinó como pudo y salió de casa directo a su nuevo trabajo.

EGS

Por el camino no dejó de pensar en la mirada de Verónica, tan atractiva y sensual. Juraría que había visto esos ojos en otra parte. Se permitió incluso fantasear con ella, aunque esa distracción no duró demasiado, a penas el tiempo que tardó en darse cuenta de lo ridículo que se sentía al idolatrar a semejante arpía. De nuevo volvió a recordar las órdenes que les había dado el día anterior y de nuevo se le hizo un nudo en el estómago.

Esa mujer estaba loca. ¿Cómo iba la gente a tragar con semejante embuste?

Algo agobiado llegó a la oficina.

—¡Buenos días, Kike! ¿No hace una magnífica mañana? —le saludó Fidel, el guarda, mientras le abría la puerta.

—Buenos días, Fidel —dijo Kike, mirando al hombre algo contrariado.

Se podían decir muchas cosas de Fidel. Que era muy responsable. Que era respetuoso con la gente. Se podría decir incluso que en alguna ocasión se le había visto sonreír. Pero que fuera tan efusivo y entusiasta, jamás.

Kike buscó con la mirada a Verónica. Sabía que ella estaba detrás de aquello y no quería perder la ocasión de decirle lo que pensaba, aunque con ello se jugara el puesto de trabajo.



## CAMBIOS LABORALES

—¿Dónde estás? —se preguntaba en voz baja —No te escondas, que vas a tener que darme unas cuantas explicaciones.

Como si la mujer hubiera leído la mente de Kike, apareció por el fondo de la oficina. Sus pasos retumbaron por toda la sala. Esos andares, esas largas y sugerentes piernas hicieron que a Kike se le derritieran los sesos. Estaba tan guapa con ese vestido ajustado... Incluso con ese vientre parecía una ninfa de curvas perfectas.

No le dio tiempo a pensar más. Una fuerte descarga eléctrica le dejó tirado en el suelo, desde donde pudo ver, a través de la neblina de sus ojos, a Fidel mirándole y a Verónica sonriéndole.

—Esos ojos... ¿De qué te conozco? —acertó a preguntar Kike justo antes de perder el conocimiento.

CSV

Cuando abrió de nuevo los ojos lo primero que vio fueron esos impresionantes y cautivadores ojos verdes. Pero esta vez estaban llorosos, empañados de lágrimas y protegidos por unas enormes gafas de plástico. No entendía nada, por qué lloraba Verónica, las mujeres como ella no lloran, ¿qué había pasado? ¿Dónde estaba?

Miró un poco más allá de aquellos hipnóticos ojos y se dio cuenta que estaba rodeado de cables, de máquinas... que le dolía el pecho al respirar. Estaba en un hospital, en una habitación de la UCI y su cuerpo no le respondía, se sentía agotado, exhausto.

—¡Cariño, estás aquí! ¡Pensé que te perdía!— era la voz de Verónica, su mujer, su ángel de la guarda, su razón de vivir.

—¿Qué ha pasado? No recuerdo nada. Yo estaba en el trabajo y había cambios muy raros, muy extraños, y de repente estoy aquí —dijo Kike.

—Recuerda, mi amor, enfermaste de Coronavirus en el trabajo. Cuando vinimos a Urgencias te desmayaste y caíste al suelo. Tuviste una insuficiencia respiratoria, llevas ingresado e

## CAMBIOS LABORALES

inconsciente quince días. Ya no contábamos contigo, no sabía cómo iba a decírselo a los niños— le contestó llorando su mujer.

Kike hizo una respiración profunda y le dolieron todas y cada una de las partes de su cuerpo, pero se sintió bien, tranquilo. Había vuelto a nacer, lo peor había pasado, o al menos eso pensaba él.

OPM